



Crónica Literaria

Por ALONE

La Hora de las Imágenes, por Alfonso Cagigal (Almendros, 1971).— Con razón dicen que los designios de la Divina Providencia son inexorables, que nadie sabe para quién trabaja y que no hay bien que por mal no venga y viceversa.

¿Quién habría pensado que la Cora, con su arado drástico, masivo y exterminador, iba a hacer salir de la tierra un fruto literario de alta calidad?

Pues aquí está para decirlo este escritor.

Cuarenta años, como los labriegos en el desierto, trabajo su hacienda hereditaria, entregándole sus energías con un sacrificio que sólo ahora las circunstancias dejan medir. No era esa su vocación; pero el amor del terruño es una pasión tiránica y allí fue transcurriendo el tiempo de su juventud, a la que sucedió la madurez, la suya y la de los árboles, las sombras, las cosechas, los pastizales y las criancas, que acudieron formando con él un solo todo. "Conglutinados eran", como David y Jonatás. Se habían hecho uno, el hombre y el campo, luchando el uno contra las pestes que atacaban al otro, combatiendo las sequías y las inundaciones, abonando y desinfectando, obteniendo créditos, o firmando letras, sin reposar de noche ni de día. Cuando un enemigo estaba dominado, surgía otro que era preciso vencer, gabelas, impuestos, pleuquias, libertas, inspectores, los recordadores, cuando la naturaleza era y el ingenio del socio fiscal discurría para exportar al labrador. Venidas unas veces, sofocadas otras, frenadas transitoriamente las demás, en esa larga carrera de obstáculos "cuando la Cora se puso a caminar ni el mismo diablo la hizo callar".

Entonces, sola la estufa agreste, despojado y libre, Alfonso Cagigal se vino a Sanlúcar.

Para entregarse a la obra que constituía su verdadera vocación: escribir, publicar, desahogar sus pensamientos, sus sentimientos y sus imágenes bajo el dictado de un seudónimo, es decir, no con el propósito de conquistar gloria y dinero, sino por el gusto del hombre que ve llegar, por fin, su hora.

Eso es que las horas y entredías del libro respiran, respiran y transpiran, lo esencial que el autor comunica al lector, el aire y la médula de su espíritu ampliamente exteriorizados.

En él hay de todo: imaginaciones arcaicas, ritmos breves, pequeñas historias, anécdotas, chistes, bromas, burlas, diálogos, cuentos hechos y derechos, cuadros o simples escenas, perfiles y figuras de un solo trazo, fragmentos del pasado, paisajes o personajes, viejos recuerdos, memorias personales. ¿Qué hay, qué no hay? Aquí un heredero pasa la vida a la sombra del tío millonario, esperando su muerte y su tratamiento, anticipado poseedor de una inmensa fortuna, recibiendo ya en la frente sus rayos de oro; más allá, el millonario Gran Pecador cuyo prestigio proviene de haber cometido el pecado máximo, la culpa sin nombre, el horrendo delito que nunca se supo cuál era: a continuación, honorable, servicial, un poco escéptico, un tanto clínico, capaz de todo, hasta de una buena acción, siempre que aguarde a sus intereses, el político en gira electoral, armado de toda la tecnología al uso, unos y otros, etc. y así sucesivamente, en una sucesión

de gustos; lo comunica por transmisión eléctrica, mediante sus "contactos de dos epidemias y el intercambio de dos fantasmas", como se ha definido el amor.

Sin llegar a tanto, digamos, para adaptarlo al orbe literario, la amistad. ¿Que otra cosa buscan, se proponen, al cabo, el autor y el lector? Una conversación íntima y grata, celebrada de puertas adentro, a solas, sin testigo.

Es lo que Alfonso Cagigal consigue y lo que, fácil y agradablemente, consigue.

Pero ni los elogios ni las censuras destinan a un escritor. Expresan lo que un lector ha sentido y pensado leyendo. Más convenientes que las epístolas, con independencia del juicio personal, simple intermediario, objetivos, imparciales, libres, las citas de su prosa hablan por su cuenta y forman opinión, con la ventaja de que puede ser hasta contradictoria.

Citemos, pues, Pág. 38: "El Gran Pecador se incorporaba a las tribus (de Ainao) como ser excepcional, capaz de cometer el Gran Pecado, el abominable crimen desafiante de las máscaras de horror falladas en los sermones de alreos y bualles; el pecado desconocido, no inscrito en la escala de todos los pecados cometidos por indios y españoles. Éste fue su salvoconducto...". Pág. 53: "En Alameda, cerca de Avenida Brasil, se destacaba la casa del millonario. Era un palacio en cuyo frente el arquitecto, caprichosamente, y por hacerla resaltar sobre otras mansiones, había colocado una cúpula terminada en flecha, que trasmitía a San Pedro de Roma, una terraza afirmada en columnas dejaba sin solucionar la incógnita de saber si las columnas estaban allí para sostener la terraza o ésta para justificar las columnas...". Era la residencia del millonario Acosta, que, oportunamente, hizo sus millones al contraer matrimonio con la duenda del Potosí criollo, un yacimiento de plata escondido en la soledad de la Pampa". Pág. 63: "A mí me parece que este del diputado servicial, capaz de conseguir becas para los hijos disléxicos; o casado para las niñas timidas de telegrafistas, montepío para las viudas de autores, entre poco. Voy a tener que preocuparme de los fenómenos que haya producido en el ambiente la televisión, el consumo de marihuana, la crisis del oro rosado... La prensa ha impactado bastante en contra de los jóvenes expropiadores tipo Robin Hood y me parece malvoluta sobre las necesidades de la región, no hay que preocuparse, ésta está obsoleta".

Estos pocos párrafos permiten esbozar la traviesa imagen del que la inflexible Cora, impregnada bendición de las letras, ha conseguido extraer, sacándolo, no sin violencia, del terruño ancestral que le impedía darle trabajo a la pluma.

Linda es.

Los detalles de importancia configuran la economía del nuevo escritor: el título del libro y su forma, la simbólica, detrás del seudónimo, llevaba apellidos tan "violentos" cuando un término aplicado a la gente de pro, que prefirió uno, anónimo, libre, hoy en la sombra. Es un riesgo. Otro el empleo de la voz "imagótesis", que va y viene actualmente en todos los libros, que hace y se "deteriora", que se magnifica y efunde, según la propaganda: Alfonso Cagigal demuestra sentido periodístico, al emplearlo con rectitud y oportunidad. El otro riesgo, también contraindicado, a definir su libro

El MERCURIO. Valparaíso. 25. 11. 1971. 6699

Crónica literaria [artículo] Alone.

Libros y documentos

AUTORÍA

Alone, 1891-1984

FECHA DE PUBLICACIÓN

1971

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Crónica literaria [artículo] Alone.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile